

mente un hecho capital en la historia del comercio y hasta en la de la toma de posesión del globo por la humanidad, pero el apreciador superficial de los acontecimientos sólo vió un triunfo de Francia, que por sus ingenieros había hecho los estudios, había suministrado los capitales y cuya soberana, bella todavía, presidía magníficamente el cortejo.

Pero precisamente aquel triunfo fué seguido de la manera más brusca de un terrible trastorno causado por la guerra franco-germánica, y por un singular cambio de frente de Inglaterra: ese país, que no había cesado de oponerse á la apertura del canal durante todo el período de los trabajos, cambió repentinamente de opinión en cuanto fué terminada la obra, y por la compra de acciones se convirtió en el principal propietario de la vía destinada á ser el gran camino de las Indias. En tanto que Inglaterra pudo temer que otra potencia se instalase sólidamente en Egipto, lugar de etapa por excelencia entre Londres y Bombay, había de intentarlo todo para que la ruta de circunnavegación por el Cabo de Buena Esperanza fuera la única frecuentada por los barcos, pero en cuanto una segunda vía, más corta y menos peligrosa, se halló abierta, necesitó á toda costa, si no apoderarse, al menos ocupar en ella la parte principal. Mas á pesar de todas las rivalidades nacionales, quedaba predominante el interés mayor del género humano que aproximaba los pueblos y las razas, yuxtaponiendo, por decirlo así, las orillas del Pacífico y las del Atlántico, creando de nuevo la forma de los continentes.

Semejantes resultados dominan singularmente en la historia esencial del mundo sobre las consecuencias relativamente pasajeras causadas por los conflictos de pueblo á pueblo, y hasta por las guerras de invasión, por terribles que sean y por numerosos que fuesen los desastres causados por esos choques. En aquella época ya no pertenecía á Francia la iniciativa en los asuntos europeos, pues que ya no tenía política nacional y se hallaba gobernada por un hombre enfermo, gastado, vacilante y solapado. El juego de la diplomacia estaba dirigido por Prusia, guiada y dominada por un hombre de clara inteligencia, de voluntad poderosa é indudable-

mente superior á todo escrúpulo ó preocupación. Ya el conde de Bismark había despejado completamente el terreno político en la asamblea del mundo germano, estableciendo de una manera indiscutible la hegemonía de Prusia en los asuntos de Alemania. Ante todo (1864) se solucionaba en provecho de Prusia la cuestión de las fronteras de Dinamarca, apoderándose de toda la parte, incontestablemente germánica, de aquel reino situada al sud de Flensburg, y hasta extendiendo el límite político á cerca de un centenar de kilómetros al Norte, en pleno territorio del imperio dinamarqués: para ponerse en regla con el principio de las nacionalidades, se había dicho que los Dinamarqueses podrían en ocasión propicia unirse de nuevo á la patria escandinava por un voto libremente emitido, pero ese voto no se pidió jamás. Prusia llegó así á hacerse dueña del anejo estratégico más importante de su territorio: el Holstein domina la desembocadura del Elba y la del Trave, y posee las campiñas cruzadas por el gran canal de navegación de Kiel al Elba, considerado desde la anexión como uno de los trabajos que habían de emprenderse con más urgencia para completar los medios de acción del futuro imperio¹.

Después de ese primer golpe que aseguraba la posición de Prusia por la parte del Norte y le daba una frontera estratégica perfecta, á la vez ofensiva y defensiva, se trataba de hacer un nuevo movimiento más decisivo todavía, expulsando al Austria de la Confederación germánica. La combinación parecía tanto más irrealizable, cuanto que el Austria había prestado su apoyo á Prusia para conquistar el Holstein, y el primer acto de reconocimiento iba á ser declararle la guerra. No se vaciló lo más mínimo; sabias maniobras diplomáticas lograron embrollar las dos grandes potencias alemanas, y estalló la guerra (1866), y Prusia, mejor armada, preparada desde mucho antes, perfectamente consciente de su objeto y bien en regla con Europa, donde se había asegurado la alianza de Italia y la no intervención de los Franceses y de los Rusos, marchó casi matemáticamente á la victoria. Dos semanas después de la declaración de guerra, ganaba la batalla decisiva de Sadowa y se

¹ Véase el mapa n.º 295, pág. 495, tomo III.

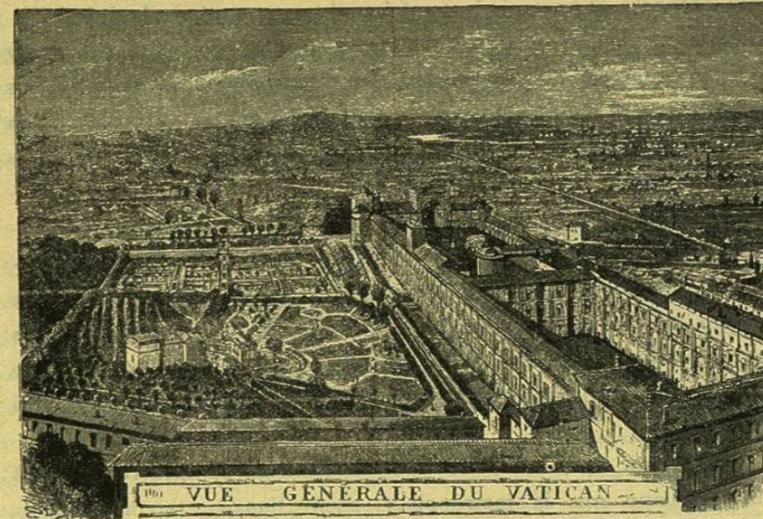
aprovechaba con gran habilidad de su triunfo para no pedir apenas á Austria más que satisfacciones morales, tanto más eficaces en realidad cuanto que imponían al vencido una especie de gratitud. El viejo imperio de Habsburgo se encontraba excluido de la Confederación germánica, mientras que los otros Estados de Alemania, reinos, electorados, principados y ciudades «libres» cambiaban de orientación y gravitaban forzosamente en el círculo de la hegemonía prusiana.

De ese modo la nación alemana, que en 1848 había intentado constituirse espontáneamente por entero y por la libre voluntad de sus pueblos, reaparecía veinte años después reformada por la voluntad de un amo, pero esta vez incompleta, mutilada, puesto que los Alemanes austriacos habían sido rechazados de la nueva agrupación, y había de fiar á guerras ó á revoluciones futuras el término de la obra comenzada. En el fondo, esa política de «hierro y de sangre», en que los historiadores adoradores del éxito vieron el testimonio del genio monárquico de Prusia, consistió en impedir, por la fuerza y por la astucia, la formación libre y plena de la nación alemana, para rehacerla después bajo el aspecto de un ejército, cuyos cuadros no comprenden todavía todos sus regimientos.

La unidad pan-germánica no está, pues, hecha todavía; en cuanto á la unidad italiana, puede considerarse esta etapa de la historia como definitivamente reconocida. Sin embargo, Italia, en su campaña contra Austria, no fué afortunada. Perdió en tierra la batalla de Custozza, y en mar, su flota, de la que esperaba mucho, fué en parte destruída y dispersada en el Adriático, cerca de la isla de Lissa. Entonces Austria, habiendo salvado completamente respecto de Italia su prestigio militar, pero obligada, no obstante, á sostener su ejército al otro lado de los Alpes para cubrir su capital contra Prusia, salió de apuros por medio de un golpe teatral, cediendo Venecia á su aliado Napoleón III, quien, á su vez, la entregó á Víctor Manuel, bajo reserva de una aceptación por el sufragio popular. Después de varias hipocresías diplomáticas, destinadas á atribuir á Prusia el mérito de la cesión, el antiguo reino de Piamonte, llegado á los límites naturales de la Península, pudo al fin redondear su territorio hasta el hemicírculo de los Alpes: Ita-

lia estaba hecha desde el punto de vista geográfico, aunque incompleta siempre, si la política hubiera de obedecer al voto de las poblaciones, porque es indudable que en el Tirol meridional y en Istria, los ciudadanos de lengua italiana se manifestarían en gran mayoría deseosos de entrar en la unidad peninsular.

Provisionalmente, la guarnición francesa continuaba protegiendo



Cl. P. Sellier.

VISTA DEL VATICANO Y DE SUS JARDINES

al papa contra la entrada de las tropas de Italia en Roma, ¿pero quién no presentía cuán contraria era aquella testarudez á las necesidades de la historia? En cuanto la guerra franco-alemana hubo manifestado la superioridad de Prusia, el gobierno italiano se apresuró á ocupar todo el territorio de Roma, provincia y ciudad, «con el fin de asegurar la independencia espiritual del papa» (20 de Septiembre de 1870). La ironía era algo fuerte, pero ¿qué había de hacer Pío IX más que someterse y pronunciar la excomunión mayor contra el invasor? Precisamente acababa de reunirse un concilio en el Vaticano para votar la infalibilidad del Soberano Pontífice. Estaba en la lógica de las cosas que á la supresión efectiva y total del poder temporal correspondiese la exaltación del poder espiritual.

Convertido en el «prisionero del Vaticano», el papa se elevaba al rango de los dioses.

En la misma época España se hallaba en una crisis de nacimiento y de adaptación á las ideas modernas. En 1868 se produjo un movimiento general de reprobación contra las intrigas y las costumbres de la corte, que produjo la expulsión de la reina Isabel II en el momento en que se aliaba estrechamente con Napoleón y el papa para asegurar el sostenimiento del poder temporal de la Iglesia.

Aunque la revolución hubiera llevado á la disputa del poder toda una multitud de ambiciosos, príncipes, generales, diplomáticos y oradores, el impulso liberal de abajo dió en un principio á la situación un carácter casi republicano: se expulsaron los jesuitas, se suprimieron los bienes de manos muertas, se proclamó la entera libertad de la prensa y de la enseñanza; hasta se abolieron los consumos, ese cáncer de la vida nacional, y se concedió á cada ciudadano de veinticinco años el derecho de sufragio. La república se hubiera instituido en España si el Estado no hubiera tenido esos dos parásitos, el ejército y la armada, y si el Estado mismo no hubiera sido el parásito de sus lejanas colonias, las Filipinas y las Antillas.

Cuba, «la perla antillana» por excelencia, se insurreccionó al mismo tiempo que la metrópoli y, como España, reivindicaba su independencia, procurando desembarazarse de su peligrosa institución, la esclavitud de los negros, germen seguro de revoluciones y de matanzas futuras. Pero se ganaba demasiado dinero en las ricas plantaciones para que los ávidos funcionarios y los aventureros de ultramar no tuviesen empeño en reprimir la insurrección cubana y conservar la esclavitud de los Africanos: la elocuencia de los discursos sobre el honor nacional bastó para engañar á la cándida multitud de los ciudadanos. Harto enredada todavía en todo su aparato monárquico, con sus colonias de esclavos inclusive, España no podía dejar de reconstituirse en monarquía, y la regencia de Serrano no tuvo otra misión que practicar humildes diligencias en busca de un rey. Se creyó haber encontrado uno en la persona de un príncipe de Hohenzollern, pero esa elección hubiera podido hacer que estallara la guerra entre Francia y Alemania antes que Bismark

estuviera completamente dispuesto para el ataque, y los cortesanos dedicados á buscar soberanos se dirigieron hacia otro personaje, el príncipe Amadeo de Saboya, que consintió en probar el fruto, á veces amargo, de la realeza (1870): no le faltó mucho para que su destino fuera análogo al de otro coronado, el emperador Maximiliano. Durante más de dos años tuvo que luchar contra sus enemigos, de un lado los carlistas, de otro los republicanos, y lo que es peor, contra sus falsos amigos los monárquicos constitucionales y liberales; sobre todo hubo de conformar su voluntad con las órdenes de la Iglesia y con las de los grandes propietarios de Cuba. Por último, llegó al extremo de tener que abdicar (1873), dejando el poder al partido que se mostrara más fuerte.

A mediados de 1870, la lucha diplomática entablada hacía mucho tiempo entre Francia y Prusia, llegó á la declaración de guerra. Bismark tuvo el talento de producir la ruptura definitiva, hasta por mentiras telegráficas, pero arreglándose de modo que el adversario pronunciara la palabra fatal: ante la opinión pública, tan fácil de engañar, las culpas habían de pesar sobre Francia, lo que constituía ya una primera victoria. Pero desde los primeros días de las hostilidades Prusia obtuvo un segundo éxito á los ojos del mundo, demostrando que estaba absolutamente dispuesta para el combate, mientras Francia, confiada á viejos militares sin inteligencia y envidiosos unos de otros, sólo había sabido alabarse neciamente de haber previsto hasta el «último botón de polaina», cuando en realidad había sido cogida de improviso y no poseía planes, ni víveres, ni la artillería necesarios; iba á batirse al azar contra un enemigo que veía claramente su objetivo.

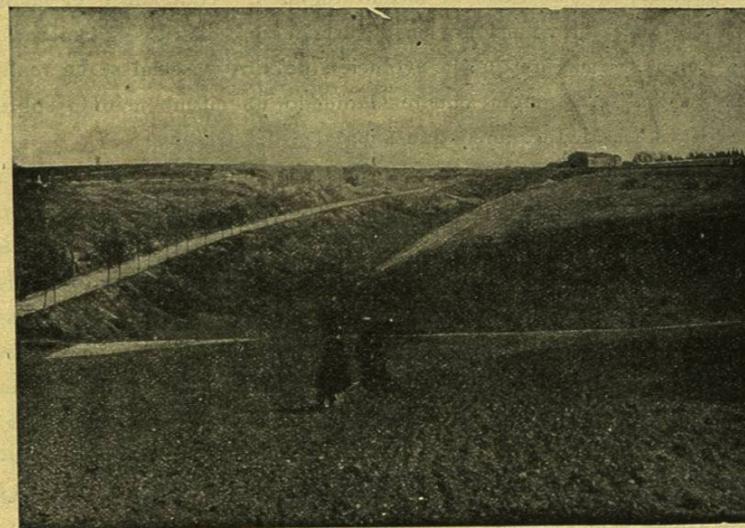
Las probabilidades generales, sacadas del equilibrio de las naciones, estaban también en favor de Alemania. Si el imperio francés poseía cierto prestigio, debido á sus guerras afortunadas, se hallaba, sin embargo, bastante disminuído por su última aventura mejicana y por sus diversos fracasos diplomáticos con Prusia, en tanto que ésta gozaba de un prestigio nuevo, brillante y obtenido en la guerra contra Austria con una seguridad de método que no habían tenido los vencedores de Magenta y de Solferino. Verdad

es que el régimen imperial de Francia, consciente de su creciente debilidad, había tratado de consolidarse por medio de un plebiscito que había respondido á sus preguntas equívocas con una aprobación insignificante; pero Prusia no había tenido necesidad de recurrir á semejantes subterfugios: la guerra contra Francia era realmente popular. Si el gobierno francés podía crear un entusiasmo ficticio haciendo gritar por su policía: «¡A Berlín, á Berlín!» los ejércitos alemanes que marchaban apresuradamente hacia la frontera francesa estaban decididos á combatir, á vencer y, si era preciso, á llegar á París y aun más allá. Mientras que en Francia la masa de los habitantes no tenía ninguna animosidad especial contra el Alemán, ó más bien se atenía á la malevolencia nativa sentida espontáneamente contra todo extranjero, los jóvenes de Alemania habían aprendido todos en la escuela que el Francés es «el enemigo hereditario»; todos habían recitado la lección que les ordenaba vengar la muerte de Conradino, perpetrada en el siglo XIII por el rey Carlos de Anjou, y la devastación del Palatinado ordenada por Louvois; todos participaban del entusiasmo patriótico de los nacionalistas por la reconquista de la Alsacia Lorena, y muchos llegaban hasta el odio feroz al Francés que inspiraba Rückert: «¡Sobre el campo del vecino, arroja á lo menos una piedra, para que al caer aplaste una flor!»

Desde el punto de vista general de la unidad nacional, que, en el fondo, era la razón de ser de la expansión germánica y de ese detalle, secundario aunque terrible, denominado la batalla, la matanza ó la invasión, también Francia se hallaba en notable desventaja. En la época en que Alemania estaba dividida en numerosos Estados, imperios, reinos, principados, ciudades libres y de dependencia medioeval, y en que la Italia misma, «aquella hermosa expresión geográfica», se hallaba descompuesta en fragmentos políticos, de los cuales, el más precioso, pertenecía á una potencia extranjera, había llegado á ser proverbial contrastar aquellos enredos de fronteras y de territorios enclavados en otros de nacionalidad distinta con lo que se llamaba «la gloriosa unidad francesa». Se habían tomado en su sentido estrecho los calificativos de «una é indivisible» dados á la república comprendida entre los Pirineos y el Rhin, y, sin embargo,

esas mismas palabras, lanzadas como grito de guerra durante las discusiones civiles que siguieron á la caída de la monarquía, prueban que las tendencias naturales á la disociación política habían sido poderosas. El hecho es que Francia, tomada en su conjunto, es mucho menos «una» que Alemania y aun que Italia.

La razón profunda de ese contraste es esencialmente geográfica. Francia pertenece á dos vertientes: por su cara meridional forma parte



Cl. P. Sellier.

BATALLA DE GRAVELLOTTE (16 AGOSTO 1870)

del área mediterránea, y por la cara opuesta, comprendiendo la mayor parte de sus cuencas fluviales, mira hacia el Océano, en tanto que Alemania está por entero en la pendiente norte y que, por el contrario, Italia es completamente mediterránea. De ahí resulta que, á pesar de las mezclas, los cruzamientos, las entradas y salidas, la población del territorio de doble inclinación que ha llegado á ser Francia ha conservado una notabilísima diversidad, si no en las ciudades, al menos en los distritos rurales apartados. Es evidente que entre el Euskaró del Nive ó del Bidasoa y el Ardenés ó el Lorenés, hay una diferencia de tipo mucho mayor que entre el Tirolés y el Mecklemburgués ó que entre el Lombardo y el Siciliano, tan distintos, no